

¿Dónde estamos y hacia dónde vamos?

Crisis estructural del capital, límites del progresismo y alternativas por abajo y a la izquierda

*Silvia Adoue, María Orlanda Pinassi
y Mariano Féliz*

*¿Si no lo haces tú, quién lo hará?
¿Si no lo haces pronto, cuándo será?*

André Gide

Introducción

En este período histórico, intentamos afrontar el reto de analizar la crisis estructural y evaluar el realismo de las posibles salidas. Partimos de la base de que lo que define los caminos de la lucha no se produce en la conciencia, y menos aún en una conciencia individual genial. Estos caminos se construyen en las condiciones concretas de la historia. Con quienes luchan y en la lucha estamos aprendiendo a desmitificar los idealismos sobre la transición y a identificar los fetiches proyectados sobre el “sujeto revolucionario”. Por las lecciones de la historia, vemos que los programas formulados de arriba a abajo, por muy avanzados y bien intencionados que sean, no se corresponden con la realidad de los pueblos. Seguimos cuestionando los eslóganes que proclaman la unidad de universos ricos en diversidad, pero son caldo de cultivo para organizaciones jerárquicas y autoritarias que no empatizan con los caminos señalados por quienes se organizan desde sus propios territorios, conocimientos y culturas. Rechazamos con vehemencia las soluciones evolucionistas y cualquier tipo de desarrollismo basado en la explotación del trabajo alienado. Esto ha servido como un recurso contingente y de emergencia, nunca como un camino seguro hacia la emancipación¹.

1 A modo de ejemplo, estos fueron algunos de los mayores errores cometidos contra el

En estos tiempos oscuros, en los que un sistema agudamente monetarizado “emancipa” a la humanidad de cualquier medio de vida, es necesario comprender que la única salida posible debe venir de las masas y de la formación de comunas donde los individuos puedan reconstruirse sin esperar nada de un sistema que los ha abandonado completamente.

Acerca de la crisis

Hasta hace unos años, cuando se hablaba de la *crisis estructural del capital*, el concepto y su contenido solían sonar abstractos y catastróficos, ya que las condiciones históricas –al menos en su apariencia inmediata– estaban contenidas. Ciertamente, las cosas han cambiado, y mucho.

A diferencia de las sucesivas crisis cíclicas que han sacudido y siguen sacudiendo el sistema desde el siglo xix, la crisis estructural no surge de un fracaso episódico y coyuntural, ni admite solución –aunque sea transitoria– por algún milagro de la economía política. Al contrario, la economía política mantiene encendida la pequeña llama del progreso y esmerándose lo posible por profundizarla.

La crisis estructural del sistema socio-metabólico del capital ha alcanzado sus límites absolutos. Esto no significa, sin embargo, una tendencia a la parálisis de su incesante movimiento en busca de expansión y acumulación. Por paradójico que sea, revela un enorme apetito por un tipo corrosivo de crecimiento acelerado que no contempla ni siquiera mínimamente la satisfacción de las necesidades humanas. Esta crisis que afecta a todo el funcionamiento del sistema –capital, trabajo y Estado– no sólo es civilizatoria, sino que apunta al fin de la propia humanidad.

De hecho, todo esto comenzó a finales de la década de los sesenta como respuesta a los obstáculos que enfrentaban las políticas intervencionistas y anticíclicas del keynesianismo. Habiendo llegado a su fin los tiempos de su utilidad sistémica, el impulso imperativo de expansión y acumulación exigía la apertura total de las vías de obtención de beneficios. Un conjunto de formulaciones neoliberales se presentó a la historia. Desde entonces, han florecido el predominio de la financiarización sobre todos los sectores de la economía, la reestructuración productiva y política, la desregulación total de las leyes de protección

pueblo ruso que, con fuerza, odio y energía, acabó con el pasado opresivo del zarismo, pero fue superado y sometido a un poscapitalismo jerárquico ya en el primer año posterior a la Revolución de 1917. Todo bajo el control de un Estado engrandecido por la acumulación de poder político y económico. Por estas razones, los ideales ritualistas del socialismo realmente inexistente, como lo expresa Aldo Casas (2020) en su libro “Rusia 1917 - Vertientes y Afluentes”.

laboral (fin de la era de los derechos), el avance desenfrenado sobre los recursos ambientales, el ataque a las tierras indígenas y quilombos, la transnacionalización del capital doméstico, el desempleo estructural y la precarización abrumadora del trabajo, un proceso productivo terriblemente depredador, la industrialización agresiva de la agricultura (monocultivo, veneno y transgénicos) y un modelo depredador de extracción de minerales.

Lo que vivimos hoy —la contradicción total entre la concentración irracional de la riqueza en manos de unos pocos riquísimos como contrapartida del hambre, la guerra y el destierro de miles de millones de individuos en todo el mundo, las catástrofes medioambientales en todos los ecosistemas, la irrupción de pandemias incontrolables, la miseria de la política liberal, la evangelización neopentecostal de los pueblos, la militarización y una violencia absolutamente generalizada—, pues bien, todo esto es el resultado del camino emprendido hace 50 o 60 años. Sin embargo, bajo el control totalitario de las necesidades del capital, éste es un camino sin retorno, incontrolable, el camino del capital como *causa sui*.

Siempre estuvimos aquí

Como respuesta a la escasez irreversible, las experiencias populares se han presentado como recursos eficaces para combatir el hambre y la pobreza absoluta. Por ejemplo, hay constelaciones de acontecimientos históricos, combinaciones a veces fortuitas, que permiten que grandes masas de la población puedan hacer experiencias insólitas. ¿Quién iba a esperar que una pandemia de escala planetaria iba a coincidir con un camino a la recesión, y un proceso que anticipa, aumenta y acelera un deterioro de las formas de obtención de ingresos y una crisis alimentaria? ¿Quién iba a imaginar que, de repente, las tareas reproductivas iban a ponerse en pauta con tal evidencia? Son momentos peculiares, de una cierta transparencia en la superficie de lo real.

La economía de los comunes, que pone la vida en el centro, propia de lo que es humano, preexiste a la revolución neolítica. Está presente en las comunidades tradicionales. Está presente en las prácticas reproductivas, aún hoy, cuando intentan ser capturadas por las cadenas de valor que transforman la energía vital en mercancía, buscando reducir gran parte de la energía humana a mera fuerza de trabajo.

En Argentina, en plena pandemia, en Guernica (en el conurbano del Gran Buenos Aires) casi dos mil mujeres con sus hijos ocuparon una tierra pública que el Estado y el negocio inmobiliario amenazaban con

tornar mercancía. Algunas mujeres ya no pueden pagar alquiler, porque perdieron parte importante o toda su renta con la recesión; otras huyen de la violencia doméstica, agudizada con el aislamiento. Su lema fue “tierra para vivir”. Y la experiencia de esas familias se ha multiplicado.

En Brasil, la producción en escala decae en los asentamientos prósperos de la reforma agraria y en la agricultura familiar en general. La sequía, el fin de las políticas públicas que buscaban integrar el sector a las cadenas y la dificultad logística hizo decaer esa producción. Quien la llevaba adelante eran las familias, pero los protagonistas de la comercialización eran los hombres. Las mujeres sólo eran protagonistas en los huertos de alimentos, con agricultura consorciada, que protege la humedad del suelo y no requiere agrotóxicos. En la pandemia, estos huertos son fundamentales para la vida de las familias. Pero se amplían las redes de circuitos cortos, que ya eran el pan de cada día en los asentamientos que nunca habían conseguido acceder a políticas de créditos. En ellos participan indistintamente hombres y mujeres.

En Bolivia han crecido también este tipo de redes locales. Los circuitos cortos crecen en varios ejes: el autoabastecimiento familiar, el trueque, la donación y el comercio a “precio justo”. Un tipo de práctica que las hortaliceras mapuche conocen muy bien: el *trafkintun*.

En el Wallmapu, esas prácticas son tradicionales. Hacen feria en las ciudades. Aun cuando el comercio es mediado por moneda, la lógica que lo ordena no es la del mercado dominado por el capital. Es la lógica de que todos precisamos alimentarnos. Las mujeres de las poblaciones de Chile se organizan en cooperativas de abastecimiento para hacer “la cucha”: comprar juntas. Se ponen de acuerdo con los *lof*, las comunidades mapuche más próximas y articulan la logística.

En muchas favelas de Brasil, los vecinos y vecinas establecen protocolos sanitarios internos y se ocupan de mapear a los ancianos sin familia para atenderlos. En las villas de Buenos Aires, se hacen cosas semejantes, por ejemplo, las mujeres preparan ollas populares. En las barriadas populares de toda nuestra región se replican estas situaciones y experiencias. En Perú, los vecinos se organizan para registrar la situación sanitaria, establecer protocolos y cuidados mutuos frente a la ausencia del Estado en ese plano. En Arica (norte de Chile) y San Gonçalo (periferia de Río de Janeiro, en Brasil) aparecieron despensas donde las mujeres del barrio receptan las donaciones y alguien de cada familia entra y retira lo que precisa.

En todo el continente, los pueblos que consiguen control sobre sus tierras arman bloqueos en las carreteras que atraviesan sus áreas, como

una herida en los territorios, para protegerlos del contagio. Algunos grupos se han internado en el monte para no ser afectados. Mucha gente disminuye la velocidad de sus acciones, reduciéndolas a lo esencial: vivir.

Ailton Krenak, del pueblo impactado por el desastre ecológico de la ruptura del depósito tóxico de Mariana, en el estado de Minas Gerais, en Brasil, dice que, allí donde ocurre, la naturaleza agradece esa desaceleración. La respetuosa diplomacia entre los seres humanos y no humanos es retomada. Eso no sucede en todas partes. En este contexto, el capital ha acelerado furiosamente gran parte de sus actividades extractivas-destructivas ampliando las zonas de sacrificio. El ministro de Medio Ambiente del gobierno del presidente Jaír Bolsonaro, en Brasil, fue flagrado proponiendo al gabinete aprovechar este período de pandemia en que la prensa está “distraída”, para pasar reformas que permitan avanzar sobre áreas protegidas. Son reformas que pretenden lanzar esas áreas al mercado de tierras. En Argentina, en Andalgalá (provincia de Catamarca) empresas mineras intentan retomar explotaciones que habían sido frenadas por la resistencia popular. Una vez más, las fuerzas represivas detienen ilegalmente a las personas que buscan detener, nuevamente, esos proyectos extractivos-destructivos.

¿Qué clase de mundo es este?

Aunque se publicó en el año 2018, hace poco tuvimos la oportunidad de leer un impactante artículo sobre la reunión a puertas cerradas con media docena de personas muy ricas y el indignado autor de la narración, un experto en tecnología de vanguardia. El objetivo de los muy ricos era expresar su preocupación por el acontecimiento, un “eufemismo [...] para el desastre medioambiental, el malestar social, la explosión nuclear, el virus incontrolable o los hacker-robots que lo destruyen todo” (Rushkoff, 2018). No pidieron al profesor una sugerencia o una opinión. Eran pragmáticos, querían la colaboración del científico para hacer posible algo que ya habían idealizado, algo que les permitiera –y sólo a ellos– salir indemnes de un mundo hecho inviable para la vida por sus propias prácticas de producción destructivas. Idealizaron y pusieron en el regazo del científico la expectativa de un mundo posthumano. Un plan societal tan descaradamente restrictivo, que asegure los privilegios y la riqueza acumulados, sólo puede lograrse mediante el totalitarismo y un fuerte aparato militar. ¿Cómo podemos entonces garantizar la lealtad de los guardianes de lo ajeno? Otro problema mucho mayor debería preocuparles: mientras existan, seguirán dependiendo de la servidumbre de los supervivientes, las antípodas que siempre han tenido y de las que no pueden liberarse totalmente.

El contrapunto de esta salida prevista por los poquísimos que tienen todas las de perder, lo encontramos en el mismo medio citado anteriormente que publicó una detallada reseña del libro *El gran despertar: nuevas formas de vida en medio de las ruinas capitalistas* (Gear y Bollier, 2020).

Este libro explora algunas de las más prometedoras [acciones para reinventar el mundo a través de medidas colaborativas] y presta especial atención a la proyección de esta nueva conciencia y a las visiones del mundo que reflejan. Rápidamente queda claro que los bienes comunes no son sólo recursos inertes y sin dueño (por ejemplo, los océanos, el espacio y la atmósfera), como intentan hacernos creer los economistas. Son sistemas ecosociales vivos que incuban racionalidades alternativas. En la construcción del Común, ciertos grupos de personas -algunos a gran escala- han demostrado nuevas formas de ser, entender y actuar en el mundo de manera muy profunda (Gear y Bollier, 2021).

Asimismo, mencionamos un excelente simposio², en el que participaron biólogos, ecologistas, arqueólogos, historiadores, con investigaciones basadas principalmente en la Amazonia. La idea era discutir otras formas de ver el mundo, incluyendo la relación –no alienada ni utilitaria– de los individuos y las comunidades humanas que aún no han experimentado una *ruptura metabólica* con el universo de la naturaleza³. Esto significa reconocer que las lecciones de los pueblos indígenas y quilombolas apuntan a nuestro futuro y a la supervivencia de la humanidad.

Traemos aquí ejemplos antitéticos como forma de mostrar que de los escombros que se crean y acumulan en este momento, el más complejo de la historia capitalista, surgen utopías de desesperación, pero también alternativas (y acciones) urgentes y (re)humanizadoras. El momento –sacudido por las epidemias del virus y el hambre– parece ser de transición: ya sea hacia una amenazante discontinuidad en la continuidad controlada por el capital, o hacia un nuevo comienzo de la historia impulsado por necesidades efectivamente humanas.

La crisis desordenada y sin precedentes que estamos viviendo está creando situaciones límite para un enorme número de individuos en todos los rincones del planeta. La desigualdad social en el mundo nunca ha sido tan flagrante, la concentración de la riqueza en manos de muy pocas personas nunca ha sido tan intensa, el número de individuos

2 Simposio “Ecología histórica e historia ambiental: diálogos posibles y perspectivas futuras”, marzo de 2021 (<https://youtube.com/channel/UCIJ7YYpZBndSwssccL2mdNw>).

3 Sobre el concepto de *ruptura metabólica*, consultar Foster (2000).

desempleados y/o que viven en la informalidad, en el abandono, en la pobreza y en la incertidumbre nunca ha sido tan inmenso.

La situación límite también afecta y compromete la reproducción de los recursos naturales, provoca catástrofes medioambientales cada vez más graves (entre ellas la devastación de los bosques, liberando enfermedades potencialmente letales), la desaparición de biomas (algunos de ellos desconocidos para la ciencia) y la extinción acelerada de innumerables especies de la fauna y la flora del planeta.

¿Qué sentido tiene mantener viva toda esta irracionalidad que afecta a la vida del planeta y a los miles de millones de individuos que componen *la clase de los afectados por el capital*? A partir de esa siniestra convivencia, a los más débiles de esta cadena jerárquica, el excedente disponible de trabajadores –divididos y clasificados por color, raza, sexo y nacionalidad– el capital los espera con severas técnicas de control represivo y/o exterminio a través de la miseria, las guerras, las pandemias, el agotamiento del trabajo esclavo, todo tipo de violencias y deformaciones sociales que habitan su vida cotidiana.

Ante esta situación, y antes que nada, la lucha más importante en el horizonte tiene como objetivo garantizar los medios de supervivencia. Asimismo, se trata de la lucha contra el hambre llevada adelante *por y para* las masas, hoy relegadas a su suerte por el podrido sistema socio-metabólico del capital.

Las experiencias populares y comunitarias de autodefensa de la propia especie –lo que significa defender sus territorios, la naturaleza y otras especies– no son meras hipótesis. Estas iniciativas están marcadas por la diversidad –de ahí su enorme riqueza– y pueden surgir entre pueblos tradicionales amenazados, comunidades rurales y poblaciones urbanas en situación de absoluta vulnerabilidad. Como indicamos antes, estas acciones, a menudo dirigidas por mujeres en la miseria, demuestran que sí, que es posible vivir sin políticas públicas, sin la mano invisible del mercado, sin la lógica del valor de cambio, sin división social del trabajo, sin explotación, sin jerarquías y sin las deformaciones habituales de la sociedad. Además, lo hacen posible sin las promesas vacías de idealismos poco creíbles para las exigencias de la realidad. El resultado, si no fuera por la fuerte represión que recae sobre los que simplemente luchan por existir, es un atisbo de la emergencia de las relaciones humanas en un proceso de desalienación, de verdadera solidaridad, y de una conciencia que despierta algunas de *las necesidades más explosivas e innecesarias para el capital*.

Sobre la tragedia brasileña

Al igual que en el mundo, la tragedia generalizada que se vive hoy en Brasil es la consecuencia de toda la irresponsabilidad humanitaria que se ha cometido en ese país desde la década de los sesenta. La dictadura civil-militar introdujo las condiciones necesarias para que Brasil entrara en la era de la crisis estructural del sistema socio-metabólico del capital. La actual política de Estado tiene la función de concluir el daño hecho durante décadas con mucho más libertad e irracionalidad que todos los que la precedieron, tanto militares como civiles. Bolsonaro no es el creador de la indigencia, sólo es el soldado de a pie de un sistema putrefacto.

En esta línea de tiempo, todo lo que ocurrió entre los años 1985 a 2015: el advenimiento de la Nueva República, la reorganización institucionalizada de las bases sociales –de las que surgieron la CUT, el PT, el MST, las Comunidades Eclesiales de Base–, la Constituyente del 88; nada de esto logró construir las bases de la tan soñada revolución brasileña, ni impidió la confirmación de nuestra dependencia histórica. En otras palabras, ninguno de estos importantes acontecimientos de nuestra historia reciente fue decisivo para romper con nuestra condición colonial estructural. Y, si en la primera década del siglo XXI nos acercamos políticamente al Nirvana capitalista, en el plano de la economía reprodujimos el papel de proveedor de materias primas. Así, cada gobierno que sucedió a los militares hizo su aporte en la pavimentación de los caminos hacia el infierno constitutivo del modelo implantado por la dictadura. Peor aún, la democracia representativa –seguida de cerca por un creciente y poderoso aparato militar-tecnológico– oscureció la visión de los desarrollistas, impidiéndoles percibir que la matriz económica instalada en el año 1964 sólo conducía al crecimiento, desarrollo y profundización de los gravísimos problemas que teníamos a las puertas.

Sobre Argentina y las organizaciones populares

El proyecto neoliberal que comenzó a irrumpir en el mundo a finales de los sesenta, tuvo su marca definitiva en Argentina con la dictadura cívico-militar de que comenzó en el año 1976. Desde ese momento, la ofensiva de las clases dominantes se consolidó. En los primeros años del siglo XXI, a la salida de la crisis del programa de Convertibilidad (1991-2001), los sectores populares irrumpieron para exigir que se detuviera el saqueo. Desde abajo, con cortes de ruta y asambleas, una multiplicidad de experiencias organizativas demandaron que se fueran todos los causantes de la crisis, intentando abrir nuevos horizontes. A veinte

años de las jornadas del 19 y 20 de diciembre del año 2001, los efectos de la rebelión popular parecen casi un murmullo.

Las prácticas organizativas en los barrios y territorios, continúan con fuerza. La auto-actividad popular persiste y se ha multiplicado. Esta diversidad se ha plasmado en múltiples experiencias que abarcan desde la lucha por el trabajo a la disputa feminista contra las violencias y el patriarcado, desde la lucha por una vida saludable frente al agronegocio y el extractivismo contaminante, hasta las disputas por la recuperación de territorios ancentrales y frente al despojo urbano y el trabajo precarizado y super-explotado. La organización cotidiana persiste. Y, sin embargo, el Estado del capital, ha conseguido canalizar y neutralizar la potencia disruptiva de muchas de esas luchas radicales.

El neodesarrollo, ahora verde y progresista, impulsado por el Frente de Todos desarmó la resistencia general al sistema, conteniendo la mayor parte de la organización popular dentro del régimen de los partidos del orden. La lucha anti-capitalista de muchas fuerzas sociales mutó así en anti-neoliberal, que sólo disputa desde adentro del Estados políticas de redistribución marginal de los ingresos y los derechos. La resistencia desde abajo y a la izquierda continúa, por supuesto, pero –por ahora– desarticulada y sin la unidad que se requiere para proyectar y construir un proyecto societal transformador.

Tarea para las izquierdas: ¡despabilarnos!

¿Qué papel tienen las izquierdas que habitan en los partidos políticos, sindicatos y movimientos sociales que se han acomodado al orden? Naufragando en aguas pasadas, incluso ante el caos que vivimos, prefieren mejorar sus concepciones reactivas y defensivas, para refritar soluciones que sólo consiguen dar supervivencia a un desarrollismo irresponsable y suicida. No se dan cuenta de que los problemas sociales, económicos, medioambientales y sanitarios crecen independientemente de que los administre la derecha o la izquierda liberal.

La democracia representativa, más que “empoderar a las minorías”, confunde la dirección de sus estrategias reivindicativas, apelando a un Estado que ha “emancipado” definitivamente a la sociedad. Las aterradoras consecuencias de la pandemia en Brasil –muerte, desempleo, pobreza, abandono del gobierno federal y desmantelamiento del sistema de salud pública– son solo una prueba, entre muchas otras, del peligroso divorcio entre el Estado y la sociedad civil. En Argentina, el gobierno de Alberto Fernández poco a poco, desarma a sus aliados políticos entre los movimientos sociales. Los convoca a aceptar ser furgones de cola del

proyecto liderado por el extractivismo y el FMI, dejándoles pequeños nichos en el aparato del Estado y la economía.

La crisis capitalista actual nos fuerza a salir de estos moldes. Tenemos que ser capaces de recuperar las prácticas solidarias de construcción de comunes que el pueblo desarrolla por doquier. Tenemos que poder retomar la iniciativa política para articular nuevos proyectos políticos, que puedan juntar la inteligencia y práctica colectiva para proyectar opciones radicalmente transformadoras. Como decía Berta Cáceres, tenemos que despabilarnos; ya no tenemos tiempo.

Referencias bibliográficas

Casas, Aldo (2020). *Russia 1917. Vertientes y Afluentes. Actualidad de la Revolución y Socialismo*. Vol. 1. Buenos Aires: Herramienta.

Foster, John Bellamy (2000). *The return of nature. Socialism and ecology*. New York: Monthly Review.

Grear, Anna y Bollier, David (2021). “Comuns, novo fantasma que assombra o Capital”. En *Outras Palavras. Jornalismo de profundidade e pós-capitalismo*. Disponible en: <https://outraspalavras.net/pos-capitalismo/comuns-novo-fantasma-que-assombra-o-capital/>

Rushkoff, Douglas (2018). “Os ultra ricos preparam um mundo pós-humano”. En *Outras Palavras. Jornalismo de profundidade e pós-capitalismo*. Disponible en: <https://outraspalavras.net/sem-categoria/os-ultra-ricos-preparam-um-mundo-pos-humano/>